

La raíz vernácula

Manuel Gallego, Carballino, Orense (1936)

Luis Fernández-Galiano



Enraizado en una Galicia donde ha levantado toda su obra, el arquitecto ha renovado el lenguaje moderno con ejemplar rigor y áspera poesía.

Firmly rooted in his native Galicia, where he has built all his works, the architect has renewed the modern language with stern discipline and rough poetry.

MANUEL GALLEGO JORRETO lleva inserto su origen en su apellido, y es difícil hallar un arquitecto más profundamente enraizado en el medio del que proviene, y al que ha retornado apenas ha tenido ocasión para desarrollar exclusivamente allí una carrera lenta y silenciosa, elegantemente atenta a la materia y depuradamente refinada en sus detalles exactos. Sí, es cierto, se trasladó en 1955 a Madrid para cursar allí la carrera de arquitectura, pero es que entonces sólo existían en España dos escuelas, y en la capital vino a caer precisamente bajo el influjo de un profesor también gallego, el enigmático Alejandro de la Sota, a cuyo estudio madrileño se incorporaría como aprendiz tras titularse en 1963. Los tres años de prácticas con De la Sota dejarían una huella indeleble, y cuando ingresó en el Ministerio de la Vivienda en 1966 —iniciando una trayectoria de funcionario que se prolongaría durante dos décadas— la sombra del maestro le seguiría de vuelta hasta Galicia, pese a que sus nuevas responsabilidades en el Servicio Provincial de Urbanismo de La Coruña, que se reforzarían con una estancia en París para aprender técnicas de urbanismo en 1969-70 (junto con una beca de estudiante en Oslo en 1962, su más significativa experiencia internacional) estaban ciertamente alejadas de la construcción.



Casa en Corrubedo, La Coruña (1970-71)

Paisajes de la casa

Con todo, Gallego abrió su estudio en La Coruña en 1967, y durante una década su mejor cliente sería él mismo. La casa de vacaciones que construyó para su familia en el Cabo de Corrubedo en 1970-71 es un galpón elemental —puro Sota en su laconismo constructivo— que eleva un mirador hacia el paisaje de dunas y se protege del viento con una cerca de piedra, mientras la vivienda familiar permanente que realizó en 1977-79 en El Carballo de Oleiros, cerca de La Coruña, reinterpreta los códigos vernáculos con admirable disciplina dimensional y lirismo material, sumando a la de Sota la influencia

de un Aldo Rossi que había participado en el seminario de Santiago de 1976, y convirtiéndose inmediatamente en el emblema de un renovado regionalismo que estaba por entonces poniendo en cuestión la modernidad canónica. Por su parte, la vivienda de vacaciones y estudio que levantó en 1979-82 para su amigo el pintor Enrique Ortiz Alonso en una remota zona de la isla de Arosa lleva la economía material y el despojamiento formal a un extremo de áspera poesía, completando un trío de residencias de singular intensidad que constituyen el umbral de una carrera tardía, por entonces simultaneada con el trabajo de funcionario y las clases de Urbanística que Gallego imparte a partir de 1978 en la nueva Escuela de Arquitectura de La Coruña, creada sólo cinco años antes.

La urbanidad de lo público

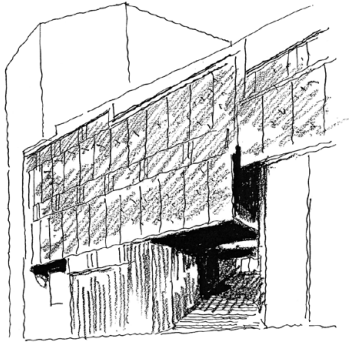
Pero el advenimiento de la democracia y la cristalización de las instituciones autonómicas dibujarán un paisaje de oportunidades que permitirá al arquitecto —él mismo participante en la fundación del Museo do Pobo Galego en 1976 y del Seminario de Estudos Galegos en 1980— abordar proyectos de otra dimensión, que se inician modestamente con el sobrio Mercado de Santa Lucía y su tensa fachada de vidrio armado; la inteligentemente descompuesta Casa de la



Casa en Oleiros, La Coruña (1977-79)



Casa en Isla de Arosa, Pontevedra (1979-82)



Mercado de Santa Lucía, La Coruña (1979-80)

MANUEL GALLEGO JORRETO carries his origins in his surname, and it is indeed hard to find an architect as deeply rooted in the environment he comes from, to which he returned as soon as he had the opportunity to develop exclusively there a career that was slow and silent, attentive to materiality, and refinedly austere in its exactness of detail. True, in 1955 he moved to Madrid to study architecture, but that is because there were only two schools in Spain at the time, and in the capital he came under the influence of a professor who was a fellow-Galician, the enigmatic Alejandro de la Sota, whose Madrid studio he joined as an apprentice upon graduating in 1963. The three years of training with Sota left an indelible mark on him, and when he started working in the Housing Ministry in 1966 – beginning two decades of civil service – the master's shadow would follow him in his return to Galicia, even though his new responsibilities in La Coruña's Provincial Urban Planning Service, which would be reinforced with a 1969-70 stint in Paris to learn urbanism techniques (his most significant international experience, along with a 1962 student scholarship in Oslo), were much removed from the actual world of construction.

Domestic Landscapes

In any case, Gallego set up practice in La Coruña in 1967, and for a decade was his own best client. The vacation house he built for his family at Cabo Corrubedo in 1970-71 is a basic shed – pure Sota in its constructive laconicism – that raises a mirador toward a landscape of dunes and protects itself against wind with a stone wall, while the year-round family house he carried out in 1977-79 at El Carballo de Oleiros, near La Coruña, reinterprets vernacular codes with commendable dimensional discipline and material lyricism, complementing the influence of Sota with that of Aldo Rossi, who had participated in a conference held at Santiago de Compostela in 1976, and the house immediately

became the emblem of a renewed regionalism which was putting canonical modernity into question. As for the vacation house and studio he executed in 1979-82 for his friend the painter Enrique Ortiz Alonso in a remote spot on the island of Arosa, it pushes material economy and formal stripping to an extreme of rough poetry, completing a trio of homes of exceptional aesthetic intensity that constitutes the threshold of a practice that took off late, combined as it was with the duties of a functionary and with the urbanism classes given, from 1978 onwards, at the new architecture school of La Coruña, created only five years before.

Public Urbanity

But the advent of democracy in Spain and the consolidation of the institutions of its autonomous regions opened up a wealth of opportunities that allowed the architect – he himself participated in the founding of the Museo do Povo Galego in 1976 and the Seminar of Galician Studies in 1980 – to take on projects of another dimension, beginning modestly with the sober Santa Lucía Market and its tense facade of reinforced glass; the intelligently decomposed House of Culture in Valdoviño, which interprets and agglutinates the dispersed rural environment; and the exquisite Museum of Sacred Art in La Coruña, a narrow chest for the jewels of the Collegiate of Santa María which in itself is an abstract and geometric jewel of concrete, set amongst the dwellings of the old quarter and creating an interior of refined details, warm materials, and luminous spatiality. This tiny masterpiece opened in 1987, the year Gallego obtained a post as tenured professor and left the Provincial Urban Planning Service.

Building in the Built

About that same time, he received two commissions that would lead to especially successful projects: having spent two years working on the painstaking renovation of the central build-

Arquitecto tardío, Gallego deslumbró con sus casas iniciales, pero hubo que esperar a los años 1980 para sus primeras obras públicas, el Mercado de Santa Lucía, la Casa de la Cultura de Valdoviño y el Museo de Arte Sacro.

An architect who started late, Gallego shone with his early houses, but had to wait until the 1980s to build his first public works, the Santa Lucía Market, the Valdoviño Cultural Center, and the Museum of Sacred Art.



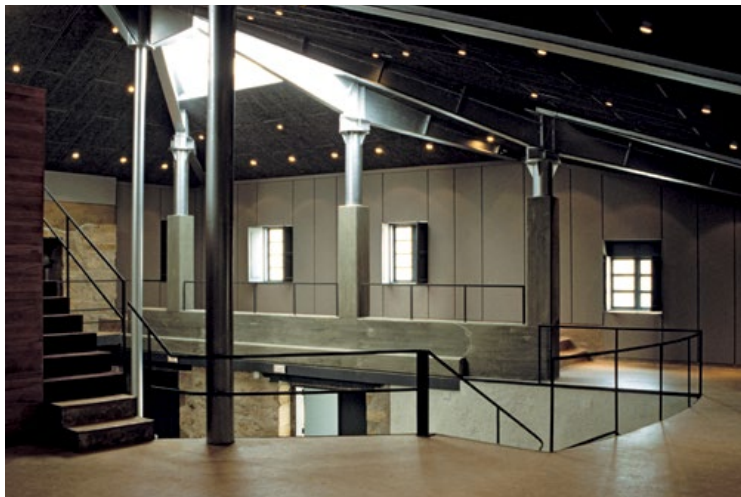
Museo de Arte Sacro, La Coruña (1982-87)



Casa de la Cultura, Valdoviño, La Coruña (1981-86)



Museo de Bellas Artes, La Coruña (1988-95)



Casa de la Cultura, Chantada, Lugo (1987-90)



Centro de Salud, Viveiro, Lugo (1994-96)

Cultura de Valdoviño, que interpreta y aglutina la dispersión del medio rural; y el exquisito Museo de Arte Sacro de La Coruña, un estrecho cofre para las joyas de La Colegiata de Santa María que es él mismo una joya abstracta y geométrica de hormigón, engarzada entre las viviendas del casco histórico, y creando un interior de refinados detalles, cálidos materiales y luminosa espacialidad. Esta obra maestra diminuta se inaugura en 1987, y ese mismo año Gallego obtiene una plaza de profesor titular y deja el Servicio Provincial de Urbanismo.

Construyendo en lo construido

Por esas fechas recibe también dos encargos que conducirán a obras especialmente felices: habiendo trabajado durante dos años en la laboriosa rehabilitación del edificio central del compostelano Conjunto de San Caetano para Sede de los Servicios Administrativos de la Xunta de Galicia, Gallego tiene la oportunidad de transformar en Casa de la Cultura un edificio de valor sólo ambiental en Chantada, y lo hace vaciando su volumen para construir, tras la fachada existente, un paisaje pintoresco y onírico de expresividad estructural; y también la ocasión de construir el Museo de Bellas Artes de La Coruña en el antiguo Convento de Capuchinas, un edificio del siglo XVII que se rehabilita y se amplía con respeto y decisión, configurando la parte nueva con una exigente retícula y haciendo convivir la piedra con los paneles sandwich de aluminio, todo ello con un rigor constructivo y dimensional que no excluye la sofisticada configuración escenográfica de los interiores.

Nuevas demandas sociales

En los noventa, Gallego es ya el arquitecto más celebrado de una comunidad con cuyas ciudades y paisajes ha llegado a fundirse, y cada nueva obra, siendo siempre estímulo para la investigación constructiva y proyectual, es sobre todo ocasión para desplegar la sabiduría silenciosa que se ha ido depositando como una pátina de sensibilidad y talento. Así los Institutos

de Investigación en el Campus de Santiago, una secuencia seca de prismas escultóricos en sordina, que rematan una cornisa topográfica del campus abriéndose al paisaje mientras encierran interiores genéricos; así el Centro de Salud de Viveiro, una caja abstracta y horizontal que se extiende a lo largo de la ría en un terreno conquistado al mar como un zócalo de la dispersión urbana posterior, y que en la zona de pacientes transforma en cálida su frialdad aséptica y normativa; y así también el conjunto de piezas —Concello, Auditorio y Museo da Conserva— que poco a poco va construyendo en la isla de Arosa, concebido desde la reflexión urbana como los anteriores, porque este maestro de la construcción lo es también en la interpretación del fragmentario paisaje de Galicia.

Las grandes instituciones

Y con el siglo XXI llegarían los grandes encargos institucionales, que obligarían a hablar de la Galicia de Gallego si esta formulación no fuese incómodamente redundante: el Complejo Presidencial de Galicia en Santiago, una obra ejemplar en su inserción en el tejido urbano de la capital gallega, y que tuvo como cliente al carismático presidente Manuel Fraga, un superviviente político del franquismo que adquirió talla de gigante en su patria natal; la sede de la Xunta en Campo-longo, Pontevedra, un colosal complejo que traduce arquitectónicamente las ambiciones y la dimensión de las nuevas instituciones autonómicas; y el Museo de las Peregrinaciones en Santiago, una inteligente remodelación de la sede del Banco de España construida en los años cuarenta, que Gallego amplía con un cuerpo de tersa fachada metálica y cuyo interior modela con el que ya es su característico lenguaje, aunque aquí con una depuración abstracta que evoca alguna obra de Álvaro Siza: un maestro cercano en la geografía y en la sensibilidad a nuestro Gallego de Galicia, que con su trabajo exacto y callado ha inspirado a una generación de arquitectos, en España y fuera de ella.



Institutos de Investigación, Santiago de Compostela (1992-97)

ing, in Santiago, of the San Caetano complex as headquarters for the Galician Government's administrative services, Gallego had the opportunity to create a Cultural Center, in Chantada, out of a building of only environmental value, and the architect did it by emptying the volume to build a picturesque and dreamlike landscape of structural expressivity behind the facade; and the chance to build the Fine Arts Museum of La Coruña in the old Capuchin Convent, a 17th-century building he refurbished and enlarged with respect and confidence, shaping the new part with a strict grid and making stone engage in dialogue with aluminum sandwich panels, all with a constructive rigor that does not preclude the sophisticated scenographic configuration of the interiors.

New Social Demands

By the 1990s, Gallego was already the most celebrated architect of a region whose cities and landscapes he had managed to become one with, and every new work, a ready stimulus for research in construction and design, was above all a pretext for deploying the silent wisdom he had been acquiring like a patina of sensitivity and talent. A case in point are the Research Institutes in the campus of Santiago, a dry sequence of mute sculptural prisms crowning a

topographical cornice of the university grounds, opening up to the landscape while enclosing generic interiors; or the Health Center of Viveiro, an abstract and horizontal box that stretches along the estuary on land reclaimed from the sea like a plinth for the subsequent urban sprawl, and which in the zone for patients changes its aseptic and standard coldness into welcoming warmth; or the ensemble of buildings – Concello, Auditorium, and Museum of Preserves – that he has been raising little by little on Arosa island, conceived from a careful urban study like the ones mentioned above, for this master of construction is also a master in the interpretation of Galicia's fragmentary landscape.

Major Institutions

And with the 21st century came the large-scale institutional commissions that would suggest the emergence of a Gallego's Galicia if this label were not so uncomfortably redundant: the Galician Presidential Complex in Santiago de Compostela, which is exemplary in its insertion in the urban fabric of Galicia's capital, and had for a client the charismatic regional president Manuel Fraga, a political survivor of Francoism who took on a larger-than-life presence in his native land; the main seat of the Galician Government in Campolongo, Pontevedra, a colossal complex that architecturally expressed the ambitions and the dimensions of the new autonomous regional institutions; and the Pilgrimage Museum in Santiago, an intelligent remodeling of a Bank of Spain branch, built in the 1940s, that Manuel Gallego enlarged through a volume with a terse metallic facade whose interior he designed with what was by then his characteristic language, though here with an abstract depuration that brings to mind some works by Álvaro Siza: a master who in geography and sensitivity is close to our Gallego of Galicia, who in turn has inspired, with his exact and silent work, a whole generation of architects in Spain and abroad.



Complejo Presidencial de Galicia, Santiago de Compostela

El diálogo con el paisaje y el patrimonio caracteriza la obra de Gallego, en el interior de Chantada o de Bellas Artes, en los prismas de Viveiro o de Santiago, y en la urbanidad del Museo de las Peregrinaciones o del complejo presidencial.

Dialogue with landscape and heritage defines the later work of Gallego, in the interior of Chantada or Fine Arts, in the prisms of Viveiro or Santiago, and in the urbanity of the Pilgrimage Museum or the presidential complex.



Museo de las Peregrinaciones, Santiago de Compostela (2004-12)



Complejo Presidencial de Galicia, Santiago de Compostela (1999-2002)